

## LA ACTUAL ESTRUCTURA DE OCCIDENTE

**P**RESCINDAMOS de la ociosa discusión sobre si el Occidente existe o no. Prescindamos también de indagar en qué consiste y atengámonos a la angustiosa realidad que vive el hombre contemporáneo. Al fin y al cabo esta realidad es de por sí tan elocuente que supe para el objeto de estas reflexiones lo que de aquellas cuestiones pudiéramos requerir. Sin embargo, una ligera referencia al siglo XIX no puede eludirse, porque es nuestro inmediato antecesor: provenimos de él y tanto la cultura como la civilización subsisten como herencia histórica por tradición en el tiempo existencial.

El Occidente en el siglo XIX tiene una estructura triangular. Francia, Inglaterra y Alemania (con sus dos capitales, Viena y Berlín) son sus protagonistas realísimos, porque ellas son las grandes dadoras de cultura en esa época, y es esta fuente prístina del espíritu que hace cultura la que, en última instancia, origina y sostiene todo lo que luego aparece en la existencia teóricossocial del hombre, dándole sentido y haciéndola merecedora de vivirse. Todo mana de lo que fundamenta la cultura, y por eso todo depende de la cultura fundamental. Nada hace excepción: ni las costumbres, ni los esparcimientos, ni la actividad económica, ni el poderío militar.

Con esta estructura triangular sólo se señala el núcleo de una realidad de hecho, por lo demás innegable. No se desconoce que, como un primer halo en torno a este núcleo, Occidente comprendiera también todo lo que allí desembocaba por vía histórica, a saber: los pueblos del Mediterráneo latino, los Balcanes, Escandinavia y la vieja encrucijada hanseática de los Países Bajos. Además, como un segundo halo más periférico, han de incluirse también a la América latina, ya sin razas aborígenes directoras, y por eso singular en ese momento con su incógnito destino. Nada de esto

se desconoce, pero se hace notar que las comarcas de ambos halos estaban en una situación de subordinación política y económica más o menos ostensible respecto del poder estatal inglés, francés y alemán. No podía ser ello de otra manera, puesto que la cultura fundamental fluía en abundancia de Londres, París, Viena y Berlín. Y es que así Occidente se manejó con tres idiomas universales; conocerlos estaba en la circunstancia vital de todo hombre internacional dentro de un mundo que la técnica achicaba en dimensiones; las ideas que se expresaban mediante ellos tenían el valor adicional de una circulación instantánea, y aun los productos de cultura fundamental que aparecían ocasionalmente en los ámbitos periféricos del Occidente eran tributarios de aquella estructura triangular, porque sociológicamente necesitaban de la traducción idiomática para alcanzar de inmediato la influencia universal que pudieran merecer.

La dimensión que pone el idioma como un constitutivo de la cultura es de proyecciones sorprendentes, porque alcanza por igual a las masas y a los hombres creadores que han de expresarse con ese instrumento. Y cuando una lengua alcanza la jerarquía de un idioma universal —idioma con el que se comunican los sabios y en el que la gente culta de todas las latitudes encuentra traducidos o vernáculos los libros que pide su vocación—, entonces esa lengua es uno de los factores más decisivos en el destino de los pueblos. No es un accidente de los de menor importancia para la vertiginosa trayectoria de los Estados Unidos que le tocara gravitar en el mundo cuando su idioma vernáculo todavía tenía valor universal, así como fué un hado tremendo que en la época de la emancipación latinoamericana la lengua española ya lo hubiera perdido. Pero volvamos al tema. La cultura griega se manejó con un idioma. La cultura medieval también con uno. La Europa del siglo XIX es una torre de Babel donde la unidad del Occidente está en trance de sucumbir por esta sola razón. Pues el hombre superior tiene, sin duda, una obligación idiomática de aprender las lenguas de los otros hombres que comparten con él tan excelsa responsabilidad; pero esta obligación tiene sus límites razonables: a nadie se le puede exigir el conocimiento de veinte lenguajes. Felizmente el problema se resolvió en Europa dentro de un *máximum* aceptable: tres idiomas, el francés, el inglés y el alemán, se impusieron por el volumen y la calidad de los aportes vernáculos a la cultura fundamental; con cualesquiera de ellos las ideas tenían un ámbito

de circulación universal, y por esta causa el resto de Occidente quedaba tributario de los países respectivos más allá de lo que fuera el aporte efectivo de estos países a la cultura fundamental. Francia, Inglaterra y la doble Alemania tenían que jugar así en el organismo cultural completo no sólo su propio papel, sino que también el papel de representantes de las regiones periféricas, como vamos a ver.

Pero antes nos toca decir que en ese Occidente del siglo XIX había también dos retoños en rara posición. Ninguno de ellos estaba en subordinación política ni económica respecto del gran triángulo europeo, aunque ninguno tuviera una dimensión de primera magnitud en sus aportes a la cultura fundamental. Rusia y los Estados Unidos. Rusia, inmensa en recursos humanos y económicos, oscilando desde la época de Pedro el Grande por incorporarse a la cultura occidental, pero sin realizar jamás una entrega definitiva, que para serlo tenía que ser una entrega de cuerpo y alma. Estados Unidos con estas dos características: con un océano de por medio, que le dejaba las manos libres para hacerse inmenso también mediante su expansión hasta el otro océano, y con un idioma nativo universal, que le ahorrraba venturosamente la larga y difícil lucha espiritual de imponer la lengua propia como un instrumento cuando la hora llegara.

Sobre estas bases, si el núcleo de Occidente estaba en Inglaterra, Francia y la doble Alemania, no es de extrañar que los grandes problemas políticos se plantearan en términos de un dominio en Europa, creyéndose con ceguera que Europa era el mundo. Esto fué particularmente fatal para la veta latina del Occidente, debido a la canalización de fuerzas que opera el fenómeno político, máxime con un tipo de Estado que día a día tenía que aumentar sus funciones. Pues el papel esencial de los países rectores no era sólo el de verter la cultura que manaba en abundancia de su propia entraña, sino también el de hacerse eco y poner en circulación lo que con carácter fundamental apareciera en las comarcas periféricas afines. Cada país del núcleo triangular tenía, como un hermano mayor, que ejercer esta representación para que Occidente conservara la integridad de lo que le venía por su historia y para que no malograra las posibilidades de su destino en el porvenir. Pues por mucho que significaran Francia, Inglaterra y la doble Alemania, Occidente era todavía algo más hacia atrás

y hacia adelante en el tiempo, y también algo más para aquel presente.

En este sentido el problema de Inglaterra era sencillo, porque todos los países cuya representación cultural le incumbía hablaban su mismo idioma; pero ha de decirse que Inglaterra cumplió bien su alta misión, como lo comprueba no sólo la fraternidad efectiva que siempre tuvo para con los Estados Unidos, sino que también la mentoría dignísima ejercida con Canadá, Australia, Nueva Zelandia y Sud-Africa.

El problema de las Alemanias no era tan simple, por la diferencia idiomática con Escandinavia, los Balcanes y los Países Bajos. Pero estuvo facilitado por los términos europeos en que se planteaban los grandes problemas políticos, al encontrar a estos países en la vecindad. De cualquier manera, también ha de decirse que ambas Alemanias cumplieron bien su misión: el hombre alemán de responsabilidad espiritual aprendió las lenguas de los países directamente tributarios de la cultura alemana, y los centros intelectuales alemanes estuvieron siempre francamente abiertos para los hombres superiores de estos países. Por eso la órbita de la influencia alemana sigue siendo una realidad corpórea en Europa.

No podemos decir que Francia estuvo a la altura del destino que a este respecto le confiaba la Historia. Debía ser el órgano que facilitara la integración al Occidente de todos los países latinos; lo determinaba con simplicidad su influencia espiritual sobre la latinidad entera por más de un siglo, cosa que con semejante intensidad no tiene paralelo en la Historia. Es verdad que el problema francés era más difícil que los otros, porque sumaba la lejanía geográfica y la diversidad idiomática. Pero ni el hombre francés de responsabilidad aprendió los idiomas latinos ni los centros intelectuales franceses estuvieron abiertos para los representantes del espíritu de esas tierras. No es casual que la trayectoria de Italia fuera entregarse a Alemania política e intelectualmente. De Iberia se dijo en la Ciudad Luz que Europa terminaba en los Pirineos. Y es seguro que Francia jamás comprendió a la América latina, no obstante que el Código de Napoleón se reproducía en veinte Repúblicas; la sangre imperial que se vierte en Querétaro es la prueba más llena de dolor y de humanidad. En resumen, la presencia de lo latino, con excepción de lo francés, quedó casi totalmente excluida del crisol simbiótico donde se reelaboraba el espí-

ritu de Occidente en el siglo XIX, porque el idioma universal que requería ese componente para jugar debidamente su papel era un cauce que funcionaba en una sola dirección: desde París hacia la periferia.

Saltemos ahora a este siglo XX nuestro de 1951 y examinemos el mismo panorama. La sociología ha llegado a enseñarnos, con indudable acierto, que el curso de la historia civilizada está condicionado en forma fundamental a la lealtad o adhesión que las comunidades prestan a un determinado ideario como comprensión no parcelaria de la vida. Y hoy hay en nuestro horizonte sólo dos idearios unitivos —no separadores— de la requerida magnitud integral: el credo comunista y «el modo de vida norteamericano». Así, con estas palabras, lo reconoce el inglés Russell, sin hacer ninguna estúpida cuestión de amor propio nacional.

Pero ocurre que Rusia ha jugado su carta. Rusia no pertenece al Occidente ni aspira ya a integrarlo. Lo comprueba el hecho de que el triunfo militar de Rusia en este momento significaría precisamente la destrucción de todo lo más genuinamente occidental, sin exceptuar siquiera la parcela religiosa de la vida. ¡Qué decir de la economía, del derecho, del pensamiento filosófico, del arte, de las costumbres!

Por otra parte, las dos guerras mundiales han sido de una magnitud destructora tan enorme en todo orden de ideas que han destruido más de lo que Europa podía soportar. Merced a ellas, que golpean en la estructura triangular de Occidente, Estados Unidos viene a quedar de golpe constituyendo él sólo el núcleo del Occidente actual. Puede concederse a lo más que él e Inglaterra como prolongación, en lo que en ésta subsiste de imperial. La estructura de Occidente es hoy lineal, ya no triangular. Pero no hay que engañarse: el núcleo efectivo de nuestra actual cultura, tal como el núcleo ha sido definido más arriba en su importancia y en su papel, es anglosajón. Esta afirmación no admite disputa si se miden los recursos económicos, el poder político, la capacidad industrial, el poderío militar. Lo mismo ha de reconocerse, como tendremos que subrayarlo respecto de la cultura fundamental, con sólo ver la curva que describe la adjudicación del premio Nobel, con sólo saber lo que se investiga en sus universidades e institutos, con sólo atender hacia dónde emigran los artistas del mundo entero, con sólo pensar lo que allí se hace por filantropía.

El demonio materialista de la Historia maldijo esta cosmovi-

sión a que llegaba el Occidente por capitalista y liberal. No es lo grave esta maldición si el liberalismo surgía desde su entraña multisecular para afirmar que la personalidad humana es un fin en sí; ni lo será mientras el capitalismo, corrigiendo sus aberraciones como neocapitalismo, reconozca el valor de la iniciativa privada y pruebe su aptitud para producir más riquezas que ningún otro régimen económico, pues al fin y al cabo los hechos son más poderosos que las palabras y el hombre ha de preferir la abundancia con sus posibilidades que no la miseria, por bien repartida que esté. Lo grave de aquella maldición es que con resentimiento la han tomado para defenderse los pueblos desplazados de la dirección del mundo y las ideologías que quedaban al margen de los acontecimientos decisivos en el seno de la cultura fundamental. Así —verdadero nuevo cisma en Occidente—, se ha venido a afirmar que el capitalismo, por anglosajón, es protestante, y luego, en conexión, que también lo es el liberalismo y que en los Estados Unidos se ha evaporado la verdadera cultura fundamental al ser reemplazada por un superficial materialismo como concepción de la vida.

La importancia de esta actitud radica en que oscurece la comprensión que el hombre occidental del siglo xx debe a los Estados Unidos, y en que escinde al Occidente desde dentro en nombre de la cultura fundamental. Como el hombre occidental está incardinado en aquella comprensión hacia los Estados Unidos, en razón de que, hoy por hoy, el núcleo de Occidente es anglosajón, parece urgente revisar aquel aserto si queremos liberarnos de las catastróficas consecuencias del cisma. Y en esto por cierto no se trata de desentrañar la significación que tiene Estados Unidos para sí mismo como ámbito parcelario, sino la que tiene en general para el Occidente por encima de las diferencias nacionales y de las tradiciones paralelas.

Ninguna duda cabe que la civilización norteamericana tiene coloración protestante, como no podía menos de ser. Pero no es ésta la cuestión esencial, sino esta otra: ¿es protestante en su última raíz y significación el sentido norteamericano de la vida? La existencia de veinticinco millones de católicos en aquel país, totalmente compenetrados de ese modo de vida, parece ya decir otra cosa. Y hemos de llegar a otra conclusión a menos que se revise la oposición catolicismo-protestantismo con que suele darse vestimenta al actual cisma de Occidente, identificado también a la

ligera con la oposición medioevo-modernidad por quienes han creído que el cisma espiritual era la mejor defensa de la propia personalidad histórica. Pues liberalismo y capitalismo, que allá por el Renacimiento nacen en los principados italianos al calor de Roma, alcanzan en el siglo XIX una difusión universal, sin distinción de países ni credos religiosos. Se olvida que lo que triunfa en la concepción renacentista de la vida es el humanismo y no un protestantismo no nato; se olvida que cuando triunfa el protestantismo en el siglo XVI, a la par de la lucha externa contra el catolicismo, efectúa una despiadada lucha interna contra el humanismo. Pero hoy el historiador no confunde humanismo y protestantismo. Erasmo y fray Luis de León fueron por igual humanistas, a pesar de sus diferentes confesiones religiosas. No se puede tachar a la Revolución francesa de ser un movimiento protestante, y lo que en ella triunfa, tanto como en la Constitución de Filadelfia, a pesar de las respectivas coloraciones locales, es el movimiento humanista, que nos retrotrae al clima del Renacimiento y que había vuelto a ganar en el siglo XVIII el alma de la cultura fundamental y de quienes respondían de ella.

A esta luz no resulta un intrínseco contrasentido el colosal cultivo de las ciencias y de la filosofía que hoy tiene lugar en los Estados Unidos, ni es necesario enarbolar como bandera una afirmación inexacta para defender la propia personalidad histórica. Por el contrario, para cumplir con eficacia esta tarea lo primero es situarse de verdad en los hechos que son nuestra propia circunstancia del momento, a fin de poder actuar en correspondencia. Y en tal sentido ha de reconocerse que en el siglo XX el núcleo de la cultura occidental, con plenitud de justificativos hasta en sus manantiales más profundos, está en los Estados Unidos.

Pero aquí lo grave. A pesar de todo esto no se puede identificar al Occidente con el núcleo anglosajón; Occidente es algo más; su formación histórica lo acredita sin réplica, y la Historia es algo que se sigue viviendo. Esta identificación significaría una tremenda mutilación histórica, de la cual padecería en primer término el propio mundo anglosajón, porque el sentido ecuménico de la vida, ínsito en lo occidental, cuya nucleación le toca tener hoy, quedaría de golpe rebajado a un rango provinciano y parcolario. La lección es trágica: ya otra vez el poder político universal, al hacerse provinciano por su sentido, perdió el papel fundamental que desempeñaba en la cultura. El Occidente se extiende no sólo

hasta las nuevas comunidades de habla inglesa, sino que todavía existen la Europa del mar latino y la Europa germánica. Y existe también la América meridional, multiplicada en dimensiones significativas respecto de lo que ella era en el siglo XIX; esa segunda América que, por lo menos en este hemisferio, dará estructura bilingüe al Occidente del siglo XXI, si es que nuestra cultura no está llamada a desaparecer.

Por lo tanto, nuestra cuestión es discriminar bajo qué condiciones han de reestablecerse hoy la integración de la cultura fundamental en su fluencia desde las zonas periféricas de Occidente hacia el núcleo al que tienen que llegar para actuar con universalidad. El recorrido desde el núcleo hacia la periferia siempre se resuelve sólo por el mero peso de las circunstancias, pero el recorrido inverso, que nos interesa sobremanera, reclama algo peculiar en los dos extremos del recorrido.

Otra vez el problema de Inglaterra y de las nuevas comunidades de habla inglesa se presenta sencillo por virtud de la unidad idiomática con los Estados Unidos. Y la sabia entrega de integración de aquel viejo país que se presencia en nuestros días acredita tanto la perspicacia de sus hombres como lo llano de la ruta.

Harto diferente —y grave— es la situación de la veta germánica del Occidente, geográficamente sólo europea. Con Alemania destrozada y partida en dos —y también amenaza de comunización por la labor pedagógica que se desarrolla en su zona oriental—, la veta germánica ha perdido su centro de gravedad. Sólo los países escandinavos están hoy en condiciones de recoger la herencia espiritual alemana, anoticiando y configurando con ella la integridad de Occidente. No es cuestión la coloración escandinava que habría de tomar la alta cultura del mundo alemán, pero sí lo es el vigor debilitado con que habría de proyectarse hacia afuera por el menor volumen de los protagonistas. De todas maneras la razón geográfica parece imponer una duración precaria a este inesperado papel de intermediario principal en que se encuentra Escandinavia a raíz de la segunda guerra mundial. Y hasta tanto no se reinstaure el organismo social adecuado a los ochenta millones de alemanes hay aquí, sobre esta actuación debilitada, una incógnita de desintegración verdaderamente escalofriante para la cultura occidental.

Algo menos tétrica, pero apenas menos difícil, es la situación de la veta latina. Italia, durante un cuarto de siglo, ha ensayado



sin éxito de sustituir a Francia en el papel que ésta jugaba por la latinidad en el Occidente. Y aunque el poderío del imperio de Mussolini no hubiera sido sólo de relumbrón, como resultó en los hechos, parece que aquella solución no era sociológicamente viable. De todas maneras ha pasado la hora italiana para este destino. Y la perspectiva de España, por sí sola, obviamente es mucho menor. Por otra parte, Francia tampoco responde a la situación vital que reclama una espiritualidad ecuménica; no sólo sigue cerrada la ruta hacia París, sino que el alma francesa como dadora de cultura fundamental parece haberse agotado o estar a punto de agotarse. Por ejemplo, consideremos el fenómeno jurídico reflexionando sobre el valor decisivo que tiene en la cultura, cual hasta la mirada profana puede apreciarlo en las actuales condiciones de inseguridad que vive el mundo. Pues bien, hace muchas décadas que de Francia no sale una nueva idea jurídica fundamental, y no hay hoy allí ni un solo estudioso creador en la teoría general del Derecho, no obstante que la tradición napoleónica de la escuela de la exégesis es una de las glorias francesas más puras del siglo XIX, recogida por la mitad del mundo. La perspectiva de que el idioma francés, todavía universal para la cultura, llegue a ser en corto plazo la tercera lengua clásica, es una perspectiva que se dibuja por sí sola dentro de un orbe que ha excedido a Europa.

Parece así que es la América latina la que está llamada a integrar a Occidente en su latinidad, dando de su entraña y sirviendo de órgano comunicativo para el núcleo anglosajón acerca del espíritu que hoy reverdece en los países del mar Mediterráneo. Como Escandinavia, la América latina se presenta hoy con una misión universal que cumplir; pero el título latinoamericano no es precario, porque una razón geográfica lo impone firmemente: el continente de Colón es de hecho bilingüe. De aquí surge un imperativo para el hombre de responsabilidad de todas las latitudes: aprender el idioma español. No sólo el anglosajón, sino también el francés y el italiano que sepan mirar hacia adelante tienen que percibir con claridad esta necesidad. Pero el deber correlativo que recae sobre los hombres que hablan castellano es mucho más pesado: han de llegar a la sabiduría personal. Crear, no repetir ni imitar. Sus sabios, filósofos y artistas tienen que serlo de verdad, porque en el ámbito fundamental de la cultura no fructifica ninguna mixtificación de valores. Sin llegar a estas altu-

ras los pueblos de habla española no podrán pronunciar una palabra que sea oída en el seno fundamental de nuestra cultura. Basta pensar en el fenómeno irrevocable del maquinismo para comprender cuánto depende de los sabios la civilización entera. Si se paralizaran de golpe todas las máquinas que funcionan en Nueva York bastaría una quincena para que el hambre, la sed, las pestes y el fuego ocasionaran una mortandad mucho mayor que la temida bomba de Hiroshima. Y se ha dicho con razón que el sabio es el hombre más importante de la guerra moderna, pensando en la guerra atómica o en la guerra bacteriológica. La verdad es que la frase de Platón sobre el gobierno de los filósofos, es decir de los hombres que saben, puede tener una interpretación menos literal, pues los sabios inventan las máquinas y enseñan a manejarlas. Entretejida con este condicionamiento histórico va también la suerte de la lucha por una nueva universalidad del idioma español; pero la condición del triunfo es la grandeza que alcance la obra de sus hombres en el reino del pensamiento.

En todo esto no hay que subestimar a Estados Unidos, pero tampoco supervalorarlo. Crear, no repetir ni imitar. Todavía no ha salido de su suelo un gran sistema filosófico que pueda dar cuño al alma de la época. Personalmente tampoco creo yo que la teoría jurídica general haya alcanzado allá las dimensiones de profundidad y plenitud, con giro universal, que ha logrado en la República Argentina; pero en ninguna parte se estudia hoy profundamente el Derecho por tantas personas responsables como en aquel gran país. Y esto determina la existencia efectiva del clima de *élite* necesario para que las ideas resuenen y pesen en la Historia, provengan de donde provinieren. (Síntoma curioso de la época: la teoría general del Derecho preocupa hoy a los estudiosos de Estados Unidos, Argentina, Escandinavia, España y Méjico como no tiene paralelo en otras partes.) Y hay también clima de gran filosofía, sin contar los dominios científicos en que Estados Unidos se ha puesto a la cabeza.

Nuestro mundo de máquinas e inventos, que ha reducido las dimensiones del planeta, impone una cultura universal. Ha pasado para los pueblos la edad del caracol, que marcha aislado con su casa a cuestas. Y esa vocación por lo universal ha sido siempre una nota distintiva de la cultura occidental; por eso ha constituído comunidades civilizadas en todas las regiones del globo. Sólo que esa universalidad del alma de Occidente se ha tematizado a veces

sobre un tema y otras sobre otros, según las épocas. Hoy vive una de sus horas más difíciles por el enorme esfuerzo de reconstitución que requiere para integrarse, según resulta de la estructura que hemos examinado. El tema universal que da hoy sentido a nuestra vida no es el que modalizó el Renacimiento, ni el del siglo de la Reforma, ni el del siglo de las luces, ni el del feliz siglo XIX. Precisamente debemos al liberalismo del siglo XIX, como cosa pasada, la solución histórica de la disputa teológica entre católicos y protestantes —por mucho que la disputa teológica no haya encontrado solución—, en cuanto que los pueblos aprendieron entonces a vivir en paz y en amistad, a pesar de sus diferencias religiosas. Nuestro tema es otro, muy propio nuestro, porque arraiga en nuestra intransferible situación vital. Pero nuestro tema —cualquiera fuere, según lo han de saber las generaciones venideras—, por ser del Occidente, tiene que tener aquella misma vocación de universalidad. Y esta es la tremenda responsabilidad del instante, porque el cisma amenaza la universalidad del Occidente en esta hora difícil de la Historia. Su actual estructura revela posibilidades e imposibilidades. Pocas o muchas, buenas o malas, es cosa que resulta ocioso discurrir en el momento de jugarse la vida. La pregunta fundamental es otra: ¿sabrán aprovecharlas con suficiente lucidez y grandeza los hombres de responsabilidad espiritual?

CARLOS CÓSSIO

